

más danzas enceguedoras, cedía su amplia nave a multitud extraña, devota de la musa rebelde, desmelenada y elocuente. Se buscó localidad, bien. Nos dispusimos a escuchar; yo. . . . a sorprenderme!

Y, cierto; apenas apareciere, como por ensalmo, a telón corrido, en muy escasa faja de proscenio, la persona del disertante, sentíme agrarrado con las fuertes garras de lo insólito. Diose mucha prisa a fojear unas cuartillas inmensas; las alzó al nivel del mentón; extendiolas de mano a mano; fué la lectura. Lectura de voz áspera y enfática, monótono cantaleo adoctrinador: ningún gesto; ningún ademán; expresiones corporales, ninguna... Pensárase en fría momia faraónica emitiendo ruidosos sonidos por brujo arcano, incomprensible.

A roce de mirada, el físico de este prójimo doctor Atl, trájome a mientes ora a don Miguel de Unamuno, ora a don Ramón del Valle Inclán. Como ambos extraordinarios ingenios del intelecto español, lucía barba luenga e hirsuta, cráneo asimétrico, catadura merovingia; luego lucía pequeño; luego lucía enjuto; luego lucía fantástico, en nuestro medio ultramoderno, de perifollo masculino, de acicalamiento, de "dandysmo". . . . Hasta las palabras, borboteantes en sus labios, inusitadamente rotundos, forjaban agresivas rebeldías, audacias insospechadas, rotas paradojas, brutales. (El depuesto rector de Salamanca, en raptó de genialidad feroz; el gran trágico-mediógrafo de "La Marquesa

Rosalinda" y "El Dragón de Fuego", en delirante arrebató—uno, casi lapidado en las Palmas; otro, conducido a cárcel, en Tenerife, Canarias).

Ahora, al héroe que me ocupa no le mordía el público, sintiéndose a la vez agredido; al revés, dábale sus aplausos con franco entusiasmo, con espontáneo ardor, con loco frenesí—muchedumbre propicia.

—Villa—aventuraba—animal de los tiempos cuaternarios, el que por fenómeno regresivo apareció en la llanura de Chihuahua, con las características completas de las primitivas bestias cuadrúpedas, hombre de Nerdenthal. Angeles, ente plasmado por el ruin criterio porfiriano, hipócrita de nacimiento, militar por educación. Miguel Díaz Lombardo, protervo jesuita, cobarde y disipador. . .

No puede darse modo más crudo, rudo, tajante, impiedoso, de coger a un enemigo y sacudirlo y arrastrarlo, y desjarretarlo a la pública espectación.

. . . Maza; mandoble florentino; bisturí; armas torquemadescas, cuantas invente la fantasía; eso, pues, en buen sentido figurado, el larguísimo alegato.

Mientras él, no hice otras observaciones. Después ya, leed:

El *Lcdo. Fabela* (gentil Ministro del Exterior): Amigo Fernández Cabrera, le presento a usted al Dr. Atl, ex-zapatista, actual correccionario. Dr. Atl, le presento a usted al señor

Fernández Cabrera, literato cubano, representante del "Heraldo", de Márquez Sterling.

Oprimí en la mía, una mano huesuda, dura, oscilando entre hostil y cordial. Cuando la solté, por movimiento instintivo, quise mirarla. ¿Era acaso la mano de un Cristo, o la de un sátiro? Eso, en mezcla atosigante, alzábase allí, a mi estudio, en figura humana. Cristo del Veronés o de Ribera, pálido, seco, exhausto, fauno de Praxiteles o de Bouguereau, también pálido, también seco, también exhausto, aquél por las largas vigiliás, por el acerbo dolor de humanidad, por el cruel martirio; éste por el atosigamiento grosero de la carne, por el goce sin freno de la vida, por el placer. . .

. . . Y a cada examen del rostro, de las actitudes, de los escapes psicológico-morales, más y más se confundían los gérmenes antitéticos: cielo e infierno en cárcel de mortal. Por la cabeza pelada donde tan pronto parecían apuntarle los atributos bicornes, como alzarse el áureo nimbo de la corona santa; por el pelo negro, negro y ralo, en que se le enroscaban las llamas flamíferas de los siete pecados, como ondeábanle suaves aires nazarenos; por los ojos, ahora vivaces, encendidos, chispeantes—rojos carbúnculos—así acostumbrados a las lúbricas bacanales; ahora tranquilos, dulces, místicos—llamas de mansedumbre—así hechos a escrutar la celeste gloria, impetrando bendiciones para las clementes multitudes; por los labios finos, blandos, purpúreos, húmedos, bien prestos para

la caricia desenfrenada, la obscena livandad, el vicio pánido; bien prestos al beso de perdón, a la plegaria devota, a las dulces promesas misericordiosas, al milagro; por los dedos, ¡los dedos!, si un momento encalambrinados—ocultas ansias de presas selváticas—otro languidecientes—íntimo anhelo de pietísimas unciones; por las piernas, en fin, flacas, arqueadas dentro del burdo vestuario, piernas que no se sabe de fijo si terminan en peluda pezuña de macho, pintado a la manera de Guido de Reni, o si en esquelético pie, clara la cicatriz de la cruxifixión, tal representan al Salvador algunos hagiógrafos.

Pero basta de literaturas; que es sobrado cautivante cuanto debo comunicaros a propósito de la existencia y las hazañas del doctor Atl, para insistir en más personales improvisaciones.

Supe, por sople del malicioso Urueta, cómo escondía su fe de pila y registro civil, con rápido seudónimo; y le pregunté aquella misma noche, ya en tarea "interviewista":

—¿Y su nombre, legítimo, el bautismal, genealógico? . . .

Ligero, con intrépida ligereza de centella, opuso:

—¡Oh, toma, el legítimo es éste; el otro es el apócrifo! Rutinario capricho de quienes se llamaron mis padres, o consejo de cualquier cura de Guadalajara, respetuoso del santo del calendario, y amor a la limosna cristiana. Ni a unos, ni a otro, recuerdo, y menos reconozco. Yo soy Yo, sin precursores, ni sucesores, sin vín-

culos de carácter material, ni espiritual. Atl: agua-elemento, en la prístina lengua azteca.

Cogió el hilo del soliloquio, y no osé interrumpirle en su locuaz tirada de frases irreverentes, descompuestas, atroces; mas, bellas, y... ¡tan originales!

.....

—...No pocos perjuicios me ha causado denominarse así. El último, y calamitoso hasta el peligro de mi vida, aconteciome en el cuartel del bravo e ilustre general don Emiliano Zapata.

Este tan estirado, heráldico tratamiento, a quien escuché llamar siempre bandido de la sierra, me llevó a intercalar:

—¿Verdad, entonces, de su ex-zapatismo?

Y después, por la seducción de toda anécdota:

—Cuenta usted...

—Bueno, contarele; aunque resulte un poco extenso el relato cabal.

—Encantado!...

Echose a reir, con risa áspera, semisalvaje, onomatopéicamente: gri, gri... gri, gri...

Dió aún unos torpes pasos por su habitación bohemia, donde estábamos; se sentó al extremo de confianzudo catre-tijera, sólo cubierto con tosca colcha india, mueble el más altivo en la estrecha alcoba; acercó lumbre a gorda pipa, cargada de picadura egipcia; acaso, acaso, carraspearía, así los acuciosos abuelos antes de

desgranar, sobre las cabecitas infantiles, medrosas historietas antañeras!...

—Pues, señor mío: yo traje al mundo un supremo designio que cumplir, que cumpliré. Nací en fecha olvidada; crecí; formeme de revolución en revolución... interna; revolucionario por idiosincracia, iba a revolucionar, cuando una mujer interpúsose en la obra... Sacudía tan seductoramente su malignidad femenil, que no pudiendo estrangularla, ni queriendo tampoco someterme a un "yugo de amor" como el palurdo Adán, me quité los zapatos mundanales, y fuime a la cima del Popocatepetl. En ella estuve dos felices años, sometido a puras fatigas; hecho a las labores meteorológicas y astronómicas, conocidas en los centros más conspicuos de Francia. Encontré allí que la teoría de Humbolt respecto a la inclinación y orientación de los cráteres de nuestros volcanes, resulta errónea; que la luz zodiacal es sólo fenómeno de óptica; y que el hombre para robustecer su espíritu necesita mineralizarse... sin drogas. Oiga (gri) mineraliceme; lo cual equivale a aniquilar los más atosigantes deseos. En 1911, de aquel pico de 5.657 metros, pasando a México, desastroso por fuera, pero por dentro recto como varilla de acero, dirigime al Pacífico, con el único interés de bañarme en cálidas aguas salobres: rada de Tuxpan, ¡maravilla de maravillas! En seguida... a París (hagamos paréntesis de super-civilizado, para volver a México). Mi idea fundamental, consanguínea, cabía en

los movimientos revolucionarios, con justeza. Además, forjeme un plan: atrapar vivo al chimpancé peluquero de Victoriano Huerta, y exhibirlo en férrea jaula por Europa. (Millonario, millonario, gri, gri, gri). Por desgracia, no pude realizarlo. Detúveme demasiado en Washington, conferenciando con Rafael Zubaran, con Mr. Wilson—entrevista ésta inédita, por la que Lugones me ha ofrecido 25.000 francos. Pasé a la Habana, donde hube de ir al Consulado de México para documentarme, fingiéndome aviador de Italia (Giorgio Stello) a presencia del señor Lomelí, quien conocíame desde Jalisco, admirablemente. Tengo memoria de ir yo muy rasurado, y pedir intérprete "per assoluta ignoranza de la lingua spagnola". Todo salió a pelo. Ya en el "Westefard", con mis aviones para hacer amplios vuelos exploradores en el Golfo, pude intimar con unos toscanos canteros, tratándonos de "compatriotas". Yo mismo me encontraba entonces otro; vestíame mañana y tarde con trajes distintos; bañábame; perfumábame; jugaba damas y tresillo... En Puerto México, varios militares me sospecharon; mas los emigrantes italianos, utilísimos, saliéronles al paso identificándome vecino del "Vicolo del Cincue". No logré tren al interior el día de mi desembarque; al otro, retrasose, entrando en la capital por la tarde— a las cinco—cuando a la mañana siguiente ocurrió la fuga del monstruo apocalíptico, presa del más horrible pánico. A Carbajal elevósele

hasta la primera investidura del país, el 16 de Junio; el 17, voyme a Palacio, "tutto di bianco vestito". Entro; inquiero: ¿está Carbajal? Un jefe me replica: el señor Presidente. Yo insisto: Carbajal. El reclama de nuevo: El señor Presidente. Yo, imperturbable: Carbajal. Bien, gruñe. ¿Qué desea usted? Yo, ecuánime, denso, enorme: soy el representante de la Revolución. Efecto magno. Aquellas palabras cayeron como un explosivo que condensara todas las balas, todos los cartuchos, la ira entera de la gente de armas. Formose un vacío en círculo a mi alrededor, abrieron y cerraron mamparas, mandáronse guardias de escolta, con fusiles, en orden de combate; el delirio, (gri, gri, gri, gri). Carbajal, claro, concediome audiencia. Usted, señor, empecé—perdone que no le llame Presidente; no lo reconozco así y vengo a recoger de su mano los poderes nacionales; soy la revolución!!... Seis horas justas estuvimos discutiendo. Si llevo una breve nota de don Venustiano, Carbajal me entrega. No aconteció. Al salir, aquello estaba en estado de sitio. Ocupé mi flamante automóvil. Al hotel. Púseme a redactar un manifiesto, reclamando el concurso, la concordia, de los generales, ante el jefe. Y... a platicar con Zapata. Empieza, pues, mi zapatismo (gri). Las avanzadas surianas apenas me descubrieron, aprisionáronme, presentándome al coronel Everardo González, tras conducirme por largos, abruptos, vericuetos, has-

ta San Bartolo. Usted, afirmó González, debe ser espía; fusiladle. Y sin otra averiguación, marchose. Siete pelados formaron cuadro, rifle al brazo. Yo, hierático. ¡Apunten! gritó uno. Yo, díjeles: creo que ustedes tendrán conciencia de la persona a quien matan; los principios de vuestra causa conmigo triunfarían ineludiblemente!; sin mí, quizás desaparezcan. Acudió Everardo; tirose de las mechas; resolvió: desnúdenlo, y a registrarlo. Sacaron de éste, del otro bolsillo, cuanto había, con recelo espantable, los ojos clavados en el más mínimo objeto, como si fuera a sobrevenirles, por él, algo estupendo. Al tocar del chaleco cosa fofa y redonda, retrocedieron. ¿Qué es?, interrogó furioso el coronel. Les respondí: una flor seca, regalo de mi novia de París. Aquellos hombres, se lo juro, transformáronse; sonrieron; tuvieron en su bárbara animalidad brotes de espirituales sentimientos; tornáronse benignos. Inesperada transformación que anoté y repito, lleno de verdadero asombro. ¡Oh, poder misterioso de la mujer! Remitiéronme al General, con semejante carta; cópiela:

Sí que la reproduzco íntegra. Dice:

“Señor General Emiliano Zapata, hay le remito a usted hestos tres reos que bienen a Conferenciar. Doctor Ater, Jose Ernandez, Coatemoc de Villamar, hepimienio Espinosa, jeneral pero Mucho cuidado con el Doctor porque dise que bienen por Carranza, y el mes-

mo me dijo el primer jefe de la rrevolución es Carranza, y que El ba a ser el precidente de la rrepública. Y hagamos lo que hel Digam lla por el Norte no ay tropas no las han Mandado para haca, que el Sea precidente para desde Mañana no hagan juego, Usted Save lo que determina y porcá hestamos muy Cargados de Gobierno.

Campamento Revolucionario en Silotepec, julio 27 de 1914.

El Coronel, Eberardo Gonzalez.

Mucha jente lla se fue”.

¿Soñásteis nunca tan peregrino documento?

Mientras lo reproducía del original, letra a letra, acicateábame la curiosidad por conocer el proceso: audacia, incongruencia, grandeza, de este audaz, incongruente, gigantesco Atl!!

—Siga, siga...

Siguió:

—Zapata aceptome sin reservas, sin siquiera exigirme referencias. Charlamos. Nos compenetramos. Dispuso que entrase y saliese en sus campamentos en la hora y lugar que se me antojara (excepcionalísima excepción). Un día confidenciáronle cómo disfrazaba mi nombre—aquí cuanto le anoté al principio. Palafox, su Secretario, tornose, con la noticia, colérico, furibundo; declaró: si aparece friéguenlo de remate. Semanas más tarde, el cuadro, disparos; pero, nada, ileso, ¡el supremo designio! Todavía nos entendimos (considero, por mi honor, la supremacía de las aspiraciones

teóricas consignadas a través del articulado Ayala). La felonía de Villa, y los suyos, surgió; lograron catequizar al señor Zapata. Tuve cartas suyas participándomelo y ofreciéndome el gobierno de tres mil guerreros en Tizapán. Contesté... sólo, mi muy ilustre General, veo un peligro en esa transición del zapatismo revolucionario al zaptismo político; puede perder, en parte, su diamantina pureza al amalgamarse con otros elementos que no tienen las mismas tendencias, ni están consagrados por el dolor de las necesidades, verdaderamente terribles, que han hecho de vosotros, una síntesis de la energía y de los derechos de los pueblos. Temo se confunda y pierda, virtualmente, este movimiento de Morelos, el más grande que ha germinado en la América libre. (Y el Zapatismo se ha perdido, deshecho...)

—...Lo demás, usted lo conoce, casi. Tres, cuatro meses en la capital, con el señor Carranza, fundando, fomentando una confederación de artistas, al recibir el nombramiento de Director de la Escuela de Bellas Artes—centro perenne de conspiraciones. La lucha, desigual, aunque decisiva, por combatir allá al cientificismo, al clericalismo, al capitalismo, y muchos otros “ismos” colectivos, a cual más oprobioso. Ahora... *

—Sí, ya sé. Pero ha de llenarme el paréntesis: París.

—(Gri, gri). Es tarde, compañero, otra noche, otra noche...

No cabía insistir, y emplacé al punto de este modo:

—Mañana.

—Mañana.

Nos estrechamos la mano en señal de despedida, y compromiso.

Ni Jesús, ni Pan: ¡At! ¡¡At!!...

LIC. LUIS CABRERA

Otra de las veladas conferenciales del “Principal”, la llenó el licenciado Luis Cabrera, seudo publicista que forma, con Rafael Zubaran, el prestigio intelectual de la fracción revolucionaria—ello sea escrito con tales conceptos, juicio admirativo, del erudito Edmundo González Blanco.

El tema enunciado para la disertación era por demás sugestivo: A propósito del Herrerero de Aguas Calientes; acudiendo así a escucharle un auditorio sobre cuantioso, diverso; mil, acaso dos mil almas, hombres y mujeres de opuestas esferas sociales a simple ojeo examinador, personajes de jerarquía en el Ejército, civiles conspicuos, gente adicta y núcleo de opositores—hasta don Tomás Braniff allí—vejez y juventud en alentadora amalgama. Nadie, entre la concurrencia, dejaba de atender, con atención despierta, de como interesarse, en forma intensa, mientras el corto y seseante discurso; pocos fueron quienes sustrajéronse a los ímpetus del férvido entusiasmo. Sin embargo a Cabrera no puede catalogársele junto a ese ora-

dor cálido, fuerte, sonoro, dueño absoluto en cada momento de las multitudes, con la energía recia del verbo, bajo el irresistible dominio de la arrogancia física, y los ademanes magníficos, y el gesto perfecto y espectacular; al contrario. Examinando los tres caracteres requeridos en aquellos ingenuos tiempos retóricos para merecer la fama oratoria, valdría negárselos de plano; porque ni elocuencia ruidosa, ni línea de grandeza académica, ni expresiones de hábil vigor teatral.

—¿El secreto, pues, de su triunfo tribunicio?

—Este, muy sencillo, y muy moderno: el de la exposición clara, natural, oportuna, verídica.

Lenguaje parco, libre de floripondismos metafóricos; asunto al alcance fácil del público oyente; honradez, sin enturbiamientos, en cuanto se afirma. Hé ahí, consignados en solo dos líneas, los nuevos y nobles recursos que se le ofrecen al gladiador de la palabra. Cabrera poséelos con discreta medida. Su conquista será siempre, al igual de en la noche relatada, conquista de buena ley.

De las muchas, interesantísimas, aseveraciones que nos ofreciera, una recuerdo para transcribirla; pues ciñe, en aguda condensada crítica, el equívoco proceso de los delegados revolucionarios, cuando las celebérrimas conferencias habidas a raíz del afianzamiento del Gobierno en México, con la entrega de Carbajal. De esta parte entran los partidarios de Francisco Vi-

lla, astutos, calculadores, con un preconcebido plan de absorción y manejo; de la otra, contábanse los elementos de Carranza, y los indiferentes—en el sentido de personalismos; sanos ellos; patrióticos ellos; algunos casi, de puro confiados, incautos.

Aseguró Cabrera:

—Lo que perseguía el villismo, ya en pacto tácito con los reaccionarios, pudimos apreciarlo nosotros, quienes estábamos fuera, y lejos, de la caldeada Convención. Las delegaciones del Norte, dirigidas por el general Francisco Villa, procedían sistemáticamente a la nulidad total de los otros representantes. Al surgir un carácter, una conciencia, señalábasele para posible candidato presidencialista, y él, entonces, vanidoso o tímido, callaba en los debates, evadía de las labores francas y decisivas, tornándose, pues, huraño y temible. Tal juego adoptose del propio modo con Eulalio Gutiérrez, pero teniendo que encumbrarsele a la soberana investidura. La oferta no bastaba y vino la realidad; realidad de quince días de fluctuante mando, ampliado luego por turbulentas circunstancias de orden interno.

Fuí un admirador, fuí un amigo, fuí un contertulio asiduo del licenciado Luis Cabrera, en su despacho del Ministerio de Hacienda, cuyo cargo mayor protestó últimamente—segura garantía; me hacía delicadas confidencias; llorantía para la custodia y limpio manejo del tesoro constitucionalista.—Me trataba con dis-

mábame, en las postrimerías de mi estancia veracruzana, tocayo; explicándome como el vocablo castellano, derivose del primitivo azteca to-kay: dos iguales.

Aclarele cierta ocasión:

—¡Lástima que lo seamos tan sólo en el apellido!

Repuso con vivacidad ingeniosa:

—Pues ándele, vamos a permutarnos. Por mi vida ningún buen comerciante daría un cuarto, después de tanta y tanta amenaza que pesa encima de ella.

Aventuré:

—El enemigo opinará al revés, y quizá si diera subido precio por su cabeza...

Su cabeza, añadí, quebrando el comentario, que me parece haberla contemplado ya en alguna parte...

—¿Conoce usted al coyote, esa bestezuela indomesticable, zorra, medio fierra? inquirió con sorna risueña.

—No comprendo.

—El coyote, sostuvo, es mi animal; nos parecemos por dentro y por fuera; y acaso si algún día le vió...

—Su cabeza—interpuse de nuevo, contento del hallazgo en mi audaz memoria—la encontré en cuadro del Greco; es una cualquiera de la de aquellos caballeros pintados por el genial innovador en el Enterramiento del Conde de Orgaz.

Rió en grande; mas yo ni me arrepentí, ni

me arrepiento de la peregrina comparación. Aún todavía del parecido físico, paso al moral; semejanza interna y externa.

Tras el rostro anguloso, seco, puntiagudo, de Luis Cabrera, asomándole por los dos ojillos inquietos, asaetadores, quemantes, vive, sí, un espíritu raro, enigmático, meditativo; ánima mística, no importa de qué fe; pensamiento profundo y complicado, grave y perspicaz; reminiscencias de una raza consumida de pasiones angustiosas, mezcla de torvos fanatismos: sacrificios cruentos, tragedia de los autos sacramentales...

¿No se le acusa por cuantos le reconocen prócer valía, méritos indisputables, pureza sin empañamientos, de alentar secas intransigencias, de dominarle lo implacable, de sentirse vengador, cruel?

Así, con ese duro adjetivo, oíle cognominar en tertulia de intelectuales expatriados:

—No mató a nadie, no matará tampoco; pero alimenta, con su consejo, los procedimientos bárbaros del Talión; responde al odio con el odio, a la sevicia con la sevicia, al arrasamiento con el arrasamiento; gozándose de buen grado si, a su presencia, se le aplicasen torturas de Felipe II a quienes no comulgen en el credo del constitucionalismo.

Expresólo tan sutil y literariamente el colega, que lo reproduzco, y exclamo por mi cuenta:

¡Oh los herméticos, los contradictorios hi-